

LO COTIDIANO

M. M. Castellano

Image not found.

Capítulo 1

LO COTIDIANO

Como buena observadora que soy, disfruto contemplando las escenas más cotidianas. Esas que para la mayoría de la población pasan desapercibidas, para mi son una joya costumbrista. Me refiero a escenas del tipo: un repartidor de pizza llamando a una casa o una persona haciendo *running* a las tres de la tarde en pleno mes de agosto. Vale, esto último no es muy cotidiano, pero sí que he sido testigo de ello y tenía que compartirlo para comprobar si alguien coincide conmigo en considerarlo una locura.

De entre todas las cosas típicas que vemos a diario, me quedo con aquellas personas que vemos en profundo estado de sopor en el coche por la carretera. Lo diré de otra manera: los que van más fritos las alitas del KFC, para que me entendáis. El caso es que ver a la gente con la frente estrellada contra la ventanilla y la boca medio abierta me resulta algo bastante cómico. Siempre.

Además, me gusta imaginar que en su estado consciente y despierto son unos imbéciles. O "imbécilas". Todo sea por la igualdad. Esto tampoco sería muy complicado, dada la gran proporción de personas estúpidas que andan sueltas, pero esa es otra cuestión. Me gustaría saber qué cara pondrían si se vieran a sí mismas con el cuello en posición de bastón de caramelo y con un poco de baba en la mejilla. Fantástica escena.

Lo que me parece aun más curioso es que incluso en el transporte público haya individuos que se duermen como bebés en brazos. Me parece toda una hazaña teniendo en cuenta tres factores. El primero y más evidente, la incomodidad de los asientos. El segundo, la imposibilidad de apoyar la cabeza en la persona de al lado. Sería un momento incómodo. Más para esa persona que ejerce de almohada que para el que duerme, a decir verdad. Y en tercer lugar, y en el caso específico del metro, aquellos músicos que no dejan de incorporarse en cada estación para entonar una canción en do mayor o tocar la armónica. Ojo, que no lo critico, sino que puede impedir la conciliación del sueño. No para todos al parecer.

Hay otra escena que merece un cubo de palomitas y una Coca Cola. Bueno, en mi caso, un poco de hummus y un vino blanco. Llamadme *gourmet*. Pero no me desviéis del tema con puntualizaciones absurdas. El caso es que me resultan divertidísimas las discusiones de pareja en plena calle, sobre todo aquellas en la que alguno de los litigantes finaliza la discusión con: «¡Que no! ¡Que me dejes!». Y ya está todo dicho. Sin ir más lejos, presencié una de estas hace unos días, con aspavientos y gritos incluidos. Aunque parece que el asunto no era de mucha enjundia, porque al cabo de unos minutos los protagonistas se cogieron de la mano

y siguieron con su paseo vespertino.

No logro comprender qué tipo de problema no puede esperar para ser discutido en casa. Si es algo serio, evidentemente, conviene tratarlo en privado. Y si por el contrario es una estupidez, como la mayoría de las veces, no merece la pena llamar la atención en público. Vamos, no me imagino recriminándole a mi pareja no haberme regalado nada por mi cumpleaños delante de la puerta del banco. Eso es mejor dejarlo para casa, donde tienes dos opciones: o bien atrincherarte en una habitación y hacerte la víctima, o salir dando un portazo en plan digno. Una capa por aquí, por favor.

Y ya, para poner la guinda de mi top 3 de escenas cotidianas, no puedo dejar de hacer mención a las regañinas de padres a hijos pequeños. Esos tonos amenazantes de los cuales los niños pasan olímpicamente, esa cuenta atrás que se queda a la altura de las temperaturas del invierno ruso... Simplemente genial.

Hace unas semanas, estaba en casa viendo mi querido Canal Cocina cuando escuché a varios niños correteando en la calle. No había transcurrido ni un minuto cuando una madre gritó: «¡Enrique, deja a ese árbol!». No me imagino qué estaría haciéndole el tal Enrique al pobre árbol, nada bueno supongo, pero por la cantidad de veces que la mujer repitió su nombre en tono de intimidación, parece que no le importó mucho. La situación me pareció tan graciosa que me vi ojeando entre la cortina de la ventana al estilo de la típica vecina cotilla y de edad avanzada.

Con todo esto, aparte de haber contado una retahíla de historias que seguramente no interesen a nadie, vengo a reivindicar el valor de lo cotidiano. Vamos a dejarnos de tanta televisión y tanto interés por las historias fantásticas. Si os aburrís, os aconsejo que dejéis Instagram un rato o soltéis el libro y salgáis a sentaros en un banco con un paquete de pipas. La diversión está asegurada.